

cumplen los axiomas, que de hecho los cumplen, entonces m es una noción primitiva independiente de s y f , ya que si m fuese definible en términos de P, T, s y f , existiría una única función m_0 (no dos funciones m_1 y m_2) tal que $\langle P, T, m_0, s, f \rangle$ será un sistema de la MCP. Las pruebas de independencia para las funciones s y f son similares a la prueba anterior.

El desarrollo de estas pruebas de independencia fue importante porque por vez primera se llevaron a cabo este tipo de pruebas para teorías empíricas axiomatizadas. Además, estas pruebas mostraron que la fuerza y la masa son independientes de los conceptos cinemáticos, como el de posición, lo que había sido negado por Mach. Ahora bien, siendo fuerza y masa a su vez independientes en el sistema axiomático, se rechaza así la proposición de Kirchhoff de definir la fuerza como el producto de la masa y la aceleración.

LORENA GARCÍA ACUILAR

Michael J. B. Allen (ed. and trans.), *Marsilio Ficino: The Philebus Commentary*. Berkeley: University of California Press, 1975, 560pp.

El centro para Estudios Medievales y Renacentistas, de la Universidad de California en Los Angeles, pone en nuestras manos esta obra de Ficino, al cuidado de M. J. B. Allen. Ficino, como bien se sabe, destacó como traductor y expositor de obras procedentes del platonismo y neoplatonismo, a las que imprimió una interpretación humanista y cristiana. Fue de suma importancia para el auge del platonismo en la época del Renacimiento.

En cuanto a la edición, lo primero que salta a la vista es la declaración explícita de que se trata de una edición crítica. Y en verdad la preparación del texto supone trabajos muy cuidadosos sobre las fuentes. Las principales han sido el manuscrito latino 5953 de la Biblioteca Vaticana, que fue la primera versión de la obra; el manuscrito pluteo 21,8 de la Biblioteca Laurenziana, que fue la segunda versión; el manuscrito 620 de la Biblioteca Oliveriana, que contiene fragmentos de la segunda versión; y los *Comentaria in Platonem*, Florencia, 1496, que es la tercera versión y *editio princeps*. Además toma en cuenta, entre otras cosas, las *Opera Omnia* de Ficino editadas en Basilea en 1561 y 1576, así como la edición de París de 1641.

El aparato crítico es abundante y minucioso; las correcciones y selección de las mejores lecturas de los trozos controvertidos están respaldadas muchas veces por trabajos monográficos sobre el texto, como los de Raymond Marcel, H. D. Saffrey, Martin Sicherly y L. G. Westerink.

Allen añade otros textos valiosos en cinco apéndices: (a) Añadidas y omisiones; (b) los diez *excerpta* que se contienen en algunos manuscritos; (c) tres textos adicionales: un prefacio, un resumen del argumento y una carta a Orlandini; (d) los fragmentos de Pesaro; (e) los resúmenes de la edición de Florencia de 1496, y (f) al principio del volumen pone también la sinopsis que aparece en la edición de Basilea 1576.

En cuanto a la traducción, puede decirse que es atinada y en buen estilo —Allen es profesor de lengua inglesa en la UCLA. Incluso estudia la traducción de ciertos vocablos técnicos y de significación variable, tomando en cuenta la experiencia de otros traductores, como Raymond Marcel, y, en algunos casos, acudiendo a vocabularios especializados, como el de Roy J. Deferrari para el latín de Tomás de Aquino.

La introducción de Allen es extensa y trata siete puntos: (a) la génesis histórica, la procedencia y composición del comentario; (b) las razones por las que Ficino eligió el *Filebo*; (c) los aspectos externos del comentario; (d) las ideas principales; (e) la controversia intelecto-voluntad; (f) el problema de la datación. Aclara que muchas cosas de su introducción son provisionarias, en vista de las numerosas lagunas actuales en la comprensión de la vida y obra de Ficino.

Sin embargo, se nota el acendrado conocimiento del tema y la erudición de Allen por la calidad de la introducción, sobre todo en lo que respecta a las ideas principales de Ficino.

La bibliografía que incluye Allen, como él mismo lo dice, es selecta, y cumple con su cometido de ser una selección de lo mejor. Sólo echamos de menos la obra de E. Gilson, *Marcile Ficin et le Contra Gentiles*, París, 1958.

Entrando un poco al comentario sobre el *Filebo*, quisiéramos resaltar un punto de suma importancia tratado por Ficino: la cuestión de los universales, según se puede rastrear en los capítulos 16 a 22 de la primera parte.

Aparecen varios nombres de los universales: “*especies*”, “*ideae*”, “*unitates*”, predominando el de unidad. Lo uno puede considerarse

de tres modos: como algo uno, que tiene frente a sí otros opuestos, como un todo constituido por muchas partes, o como algo uno y simple que es común a muchos y se difunde por lo múltiple y disperso. Este último modo es el que nos interesa. Si alguien postulara algo uno, simple e inengendrado, nos causaría sorpresa y nos surgiría la pregunta de si tal unidad existe y si en verdad se encuentra dispersa en la multitud. Ficino responde a tal pregunta con la teoría de las ideas de Platón. Se trata de lo uno que está bajo las ideas cuando se dice que Fulano es uno; de lo uno que está en las ideas cuando se dice que el hombre es uno en especie; de lo uno que surge de las ideas cuando se dice que lo bello es el esplendor de todas las ideas; de lo uno que está sobre las ideas cuando se dice que el mismo bien, a saber Dios, es la fuente y origen de las ideas.

La prueba inicial de las ideas es que, si no reducimos los órdenes de cosas individuales a una especie común, no parece posible el conocimiento ni la certeza sobre nada.

Otra prueba se encuentra en la distinción del sentido y el intelecto. Si son distintos, deben tener objetos distintos. Y son distintos, porque la inteligencia es superior al sentido, lo cual se ve en el hecho de que los objetos de la inteligencia son más universales y verdaderos, por cuanto que en base a ellos el hombre regula y discierne la verdad y la falsedad de los objetos del sentido.

Pero hay tres dificultades acerca de las ideas o unidades: (a) Si son verdaderas o más bien meras concepciones de nuestra mente. (b) Dado que existan, si cualquiera de ellas es una a pesar de convenir a muchas cosas, y si es inmutable a pesar de ser razón de lo mutable. (c) Dado que sea una e inmóvil, cómo se comunica a lo múltiple y mutable, de modo que ella misma no se haga mutable al insertarse en las cosas mutables ni ellas se hagan inmutables por su presencia, y si se divide en lo singular o se encuentra toda íntegra en cada cosa singular.

Que las ideas conservan su unidad e inmutabilidad se ve porque para hacer lo mucho basta lo uno: para lo compuesto, lo simple; para lo temporal, la razón eterna. Ficino utiliza una analogía con los artifices: "*Neque minus sunt in Dei mente procreandorum species quam in artificis animo suorum operum exemplaria, et in semine animalis et arboris membranorum omnium et partium rationes*" (p. 179). Es decir, lo que en la materia se encuentra de modo

disgregado o desunido, en la causa eficiente (Dios) se encuentra de modo unitario.

Ficino establece que el mundo requiere de un elemento incorpóreo para actuar, porque lo corpóreo sólo padece y, en cambio, lo incorpóreo actúa. Como el mundo no actúa por sí mismo, no puede ser por sí mismo. Requiere de una causa. Pero la causa es algo primero (anterior y superior) con respecto a lo que es su efecto. Por eso la causa del mundo es primera, como el artífice con respecto a la obra. Y todas las cosas están en el supremo artífice antes que en el mundo. Por lo mismo, existen primero en las ideas.

Por otra parte, las formas inferiores son mixtas e inestables, y ello exige un mundo de formas puras y estables. Las cualidades se encuentran en el tiempo, pero el tiempo introduce cambio, por eso las cualidades inferiores son mudables y postulan a las ideas o formas inmutables. Asimismo, los cuerpos están en el espacio y tienen partes, sin que el todo sea ninguna de sus partes; pero *el* hombre no es ninguno de los hombres; por lo que el hombre no es otra cosa sino *el* hombre. Tenemos también que la verdad es eterna e inmóvil, pero los cuerpos no son eternos e inmóviles, por lo que no son verdaderos en plenitud, y postulan nuevamente algo perfecto. Además, si las formas de los cuerpos son imperfectas, no son las formas primordiales; por eso, hay unas formas superiores a éstas, que no están en las cosas ni en los sujetos pensantes. A ellas las llamamos “razones” o “ideas”.

La prueba que aduce Ficino para demostrar que las formas no están en el sujeto es que las razones o ideas que están en el alma son mudables, y, aunque no están en el espacio, ocurren en el tiempo, lo que las hace imperfectas. “Por lo cual, sobre el alma y la inteligencia —que es una parte del alma— hay una inteligencia primera en sí misma y por completo separada. En ella están las especies primeras y verdaderas de todas las cosas, porque existen por encima del espacio, del tiempo y del cambio. Y si son las especies primeras —pues se debe llegar a unas que sean las primeras— no están en otro sujeto inferior. Así, no se da por un lado la esencia de la inteligencia, y por otro las especies de la inteligencia. Ya que en ella los principios racionales de todas las cosas son esencia y vida, y todo lo que ha sido hecho por esta inteligencia creadora del cosmos es vida en ella” (p. 197).

Estas fuerzas o causas universales son las que dan razón de ser

al universo, pues lo individual es infinito, mudable y desordenado. Por eso, las formas o ideas son la causa, esencia y fin del universo, y por lo mismo son naturales o reales independientemente de que la inteligencia las conciba o no.

Se ve que tales formas son reales y naturales porque las especies se predicán de los individuos con predicación real, y porque la ciencia natural no versa sobre las cosas individuales sino sobre las especies.

Pero, ¿en dónde se encuentran las ideas? Ficino las encuentra en la inteligencia primera o mente divina. El orden consiste en la unión de los contrarios, y éstos se concilian en cierta unidad superior, que está por encima de esas partes opuestas ya unificadas. Se trata de un ordenador supremo, cuya inteligencia excede a todo y en cuya mente se hallan las ideas eternas.

Una vez que Ficino ha aludido al “lugar” donde se encuentran las ideas, a saber, la mente divina, habla de su *status* ontológico. Sobre esto encontramos un párrafo notable, que merece la pena trasladar aquí. “Así —dice—, todas las cosas son concebidas en la inteligencia de Dios antes de que sean plasmadas en la materia. Tales conceptos son a la vez uno y muchos. Son uno en cuanto que son uno por esencia, pues de otra manera habría una composición de esencias en la esencia primera, y ésta debe ser la más simple de todas, ya que todo lo que es primero en cualquier género de cosas es también lo más simple. Son muchas en cuanto a su función causal (*Multa vero sunt ratione*), pues de otra manera todas las cosas que hacen serían una sola. Y Platón las llama ‘unidades’ principalmente porque, al modo como los hombres individuales pueden ser reducidos a una naturaleza unitaria en todos ellos y los caballos individuales a otra naturaleza correspondiente, así también estos factores comunes en los individuos pueden ser referidos a factores comunes fuera de los individuos. Pues lo que es factor común en lo múltiple, al estar en otro, debe existir por virtud de otro; pero no puede venir de ninguna cosa perteneciente a lo múltiple, porque le pertenecería a ella sola y no a las demás; ni tampoco puede venir de las cosas múltiples en cuanto son múltiples, porque también sería múltiple. Por tanto, proviene de algo uno, y es principio racional de algo uno que sobrepuja a lo múltiple. Así, sobre la naturaleza común a los hombres individuales y la naturaleza común a los caballos individuales debe haber un principio racional unitario del hombre y otro del caballo; y como to-

das estas naturalezas existen en la materia, así todos los principios racionales existen en una esencia. Las primeras cambian con el tiempo, las segundas permanecen en la eternidad. Las primeras están divididas por la cantidad, las otras son indivisas. Por tanto, los principios racionales de las primeras existen con anterioridad a todas ellas en una inteligencia, y son absolutamente unitarios y absolutamente inmutables. Toda corrupción (*interitus*) o concuerda con el abandono de una forma por parte de su objeto o, en el caso de un compuesto, con la disolución de sus partes. Pero los principios racionales no están en un sujeto, ni están compuestos de partes corpóreas" (p. 209).

Como se ve, Marsilio Ficino sigue la línea platónica, dándole una interpretación cristiana a través de San Agustín. Como gran humanista que fue, se esfuerza por recuperar al auténtico Platón procurando quitarle los añadidos neoplatónicos, pero el resultado de su hermenéutica, mediatizada por el cristianismo, no es ya un platonismo puro, sino de corte patrístico. Se inserta, pues, en la extensa tradición del platonismo agustiniano.

MAURICIO BEUCHOT